

Por ENRIQUE GUARNER

En líneas generales a lo largo del siglo XIX y los primeros treinta años del presente, había toreros artistas que casi siempre después de preciosas faenas mataban mediocremente. También existían lidiadores medianos que muchas veces tras un trasteo sobrio, ejecutaban la estocada a la perfección. El público antiguo en vez de recrearse en los primores de los primeros, esperaba agazapado para ver si empañaban el brillo de la faena con la espada, cosa fácil de lograr pues aquilataban si el diestro se había perfilado de lejos, a extramuro de los pitones, si se había echado afuera o si se quedó en la cara. Casi siempre existía la propensión al «bajonazo». Los toreros de segunda categoría eran apreciados por sus estocadas y esta manera de valorar el toreo permitía la justa concesión de los trofeos, para solazo de los que yo llamaría «orejófilos».

Algo de todo esto tuvimos la tarde de ayer cuando un público exaltado concedió apéndices excesivos a Jorge Gutiérrez, más que nada por sus estocadas. En realidad, este torero ha optado por una forma de tremendismo en la que suele encimarse a los bureles sin dejarlos siquiera respirar. Este estilo que entre 1948 y 1950 practicaron dos toreros burdos como eran Antonio Velázquez y Rafael Rodríguez tendrá por fuerza que desaparecer en bien de la estética del toreo.

Juicio crítico

Ante otro lleno a reventar hicieron el paseo de cuadrillas: Mariano Ramos, de tabaco y oro, mientras Jorge Gutiérrez se atavió en rojo ladrillo y bordados dorados ribeteados en negro. Se aplaude la memoria del ganadero Rubén Carvajal y del fotógrafo Carlos Isunza. Posteriormente se ovaciona a los espadas.

El ganado

Se lidió una corrida del Olivo, ganadería que pertenece a don Marcelino Miaja y a José Chafic que pasta en el municipio de Tequisquiapan, en Querétaro. Los seis astados estaban

muy bien presentados, mostrando trapío y luciendo la encornadura adecuada. Hubo tres negros, dos cárdenos y un castaño oscuro.

Con relación a su juego, los seis bureles resultaron indigeribles y fueron pitados uno tras otro en el arrastre. La razón partió de que aunque de salida mostraban alegría, y recargaban bien ante los picadores, en el tercio final se convertían en marmolillos y no había manera de sacarles un pase. En total tomaron ocho puyazos y después se resintieron volviéndose reservones. El que abrió plaza puede haber sido el menos malo, aunque Mariano quiso hacernos creer que lo era. Siguió uno que no pasaba completo. Difíciles fueron el tercero y el cuarto, que embestían con la cabeza a media altura. El que ocupó el lugar de honor tiraba cornadas y derrotaba. Tampoco sirvió el que cerró la serie a pesar de su bonita pinta.

Un vomitivo es un emético que produce náuseas y eso fue la corrida

Los toros fueron un

del famoso Olivo, que debió haberse llamado de Ricino, planta que sí debe de existir en Querétaro donde pastan los bureles de Chafic, y que se usa como purgante.

Mariano Ramos

No existe duda de que el diestro de La Viga conoce a fondo el toreo y ha sabido mantenerse por veinte años dentro de un buen lugar del escalafón mexicano. La razón estriba en cierto profesionalismo y en que careciendo de clase, mantiene su estilo y domina a los bureles. Sin embargo, últimamente le ha dado por usar mulettes



Mariano Ramos tuvo una actuación discreta la tarde de ayer en su mano a mano con el diestro de Tula.

del Olivo, vomitivo

y en la tarde de ayer no se colocó detrás de los banderilleros en los toros de su alternante, lo cual no es muy profesional que digamos.

Se enfrentó primero a «Bullidor», con 504 kilos, que no lo era en lo absoluto puesto que apenas y se meneaba. De capa Mariano lo toreó a la defensiva y pidió el cambio de tercio cuando había mandado el burel contra el picador. Con la muleta estuvo en un principio desconfiado, pero pronto se recuperó instrumentando buenos redondos. Me gustó en sus muletazos de castigo final y mató de pinchazo y bajonazo saliendo al tercio.

En tercer lugar salió «Rebocero», con 502 kilos, y después de un toro movido de capa vimos dos buenos pares de Jorge Kingston y Leonardo Campos. Ramos lidió acertadamente al burel pero lo mató muy mal con tres pinchazos, un metisaca y descabello. Con el quinto de nombre «Cantador», con 538, también desafinó la situación y de la garganta de Mariano salieron algunos gallos «charros» con lances movidos pero aclamados, chicuelinas antiguas a velocidad de vértigo y en la media pérdida del capote. Con la muleta, el de La Viga, toreó a prudente distancia, aunque terminó lidiando como un maestro. Finalizó con tres cuartos de espada caídos.

Jorge Gutiérrez

En realidad sus dos estocadas finales le salvaron la tarde, porque esas faenas deshilvanadas, pegándose a los cuernos y a los costillares de sus enemigos, no debían ser tan aplaudidos. Incluso hubo un momento en que la cabeza del toro ya lo había pasado y sacaba el muletazo provocando el delirio y frenesí del público, que debido a la influencia de la televisión está concibiendo así el toro. El arte de torear no consiste en el tremendismo y en no medir distan-

cias toreando eléctricamente y provocando una excitación de los espectadores que ya no saben ver los pases.

Jorge se enfrentó primero a «Forjador», con 510 kilos, al que recibió con buenas verónicas, chicuelinas caminantes y luego antiguas, siendo zapateadas las dos últimas. Alfredo Acosta puso dos magníficos pares, pero la faena de Gutiérrez fue nerviosa y con poco brillo. Mató de dos pinchazos.

El desquite vino con «Poblano», con 544 kilos, al que Jorge recibió con aceptables lances por el lado izquierdo y más cerca los del quite. Brindó a Julio César Chávez, que no sabemos qué estaba haciendo en el callejón de la plaza. La faena de Gutiérrez fue la apoteosis del encimismo, pisando el terreno del burel sin dejarle respiro.

En el fondo no hubo mucho arte y la mayoría de los pases carecían de limpieza pero como mató de un estocadón el juez, Lanfranchi, que no se mide en premios, concedió dos orejas ante el júbilo generalizado. La escena se repitió en el sexto de nombre «Pelos de Oro», con 512 kilos, donde vimos lances movidos, una bonita tapatía, pero no así las que siguieron, otros lancecillos y media espléndida. La faena de muleta fue una calca de la anterior, excepto un palotazo en el cuello y un magnífico abaniquo final. Volvió a matar perfilándose y clavando en lo alto y como los toreros antiguos se llevó otro apéndice saliendo en hombros.

En resumen, en la primera corrida de parejas hubo tres orejas dispares.



La cámara de Antonio López Colores captó la gran estocada de Jorge Gutiérrez a «Poblano», cuando dejó la espada en todo lo alto.